

LA TAREA DE LOS JESUITAS

LUCHAR POR LA FRATERNIDAD DESDE LA FE QUE HACE JUSTICIA

Desde los primeros días de setiembre hasta finales de octubre de este año se reunió en Roma la 33 Congregación General de la Compañía de Jesús. Después de elegir al nuevo Superior General —el P. Peter-Hans Kolvenbach— examinó la vida de los 26 mil jesuitas insertos en la compleja situación del mundo actual. El resultado ha sido la confirmación del camino emprendido para la puesta en práctica del Concilio Vaticano II: "Inspirados en el Evangelio y movidos por la fe en Jesucristo, contribuir a la tarea de hacer hermanos a todos los hombres y mujeres, luchando por la justicia desde una opción preferencial por los pobres, anunciando su liberación integral en el amor, de acuerdo a los deseos de la Iglesia".

EL MOMENTO QUE VIVIMOS

La 33 Congregación General se reúne en un momento difícil de la historia de la humanidad. Dirige su mirada al mundo desde los que sufren las injusticias y toma conciencia de cómo los sistemas socioeconómicos, sus ideologías y su materialismo práctico tienden a perpetuar la dominación de unos pocos grupos de poder sobre pueblos enteros condenados a la no-vida, por la inhumanidad de sus condiciones. En el aspecto específicamente religioso, el Dios bueno que entrega su vida para que todos los hombres vivan ha sido olvidado, o sustituido por caricaturas convertidas en ídolos justificadores de estructuras de opresión. Un mundo que ha desencadenado las fuerzas de la muerte y por eso no encuentra los caminos de la paz. Un mundo, sin embargo, en el que se mantienen tercamente signos de esperanza: Sectores populares que se organizan para ser gestores de su propia historia, nueva conciencia de que las situaciones de miseria y opresión son intolerables, las masivas luchas por la paz, la creciente solidaridad...

Un momento difícil también para la Iglesia: Hacer carne y sangre las múltiples implicaciones del Vaticano II es una tarea que ha producido divisiones internas y fuertes presiones externas. Ser fieles, como Iglesia de los pobres, a las exigencias de los signos de los tiempos en un mundo que marcha aceleradamente, es fuente de permanentes tensiones.

Un momento novedoso y delicado también para la Compañía de Jesús. La decisión de presentar la renuncia y luego la enfermedad del P. Pedro Arrupe (Ex-Superior General) coincidió con los deseos del Papa Juan Pablo II de que los jesuitas hicieran un 'alto en el camino' y revisaran su situación. Para ello, tomó la excepcional medida de nombrar un delegado suyo para el gobierno de la Compañía. De esta manera el P. Paolo Dezza dirige este autoexamen de los jesuitas durante los dos años y medio previos a la Congregación General.

EL AMOR ESTA MAS EN LAS OBRAS QUE EN LAS PALABRAS

Este sincero examen hecho por la Compañía lleva a dos grandes constataciones: El gran esfuerzo, con luces y sombras, que se ha hecho por realizar la propuesta del Vaticano II, y el largo camino que queda por recorrer para encarnar realmente los compromisos e ideales proclamados, conforme a la invitación de la Iglesia, al propio carisma de San Ignacio y los nuevos retos de la situación mundial.

No es, pues, el momento de grandes declaraciones sobre el deber ser de los jesuitas en el mundo. Más bien, se trata de hacerse creíble por la puesta en práctica de las obras de esa fe que hace la justicia en el amor. Una credibilidad que será el fruto de una profunda renovación de las fuentes evangélicas que originaron el nacimiento de la Compañía de Jesús. Su expresión histórica actual quiere ser la encarnación de las mismas preferencias del Dios-Padre-de-Jesucristo como se expresan en las bienaventuranzas (Mt. 5, 1-12). Para que esa expresión sea verdadera "debe fundarse sobre una comunión de vida y muerte, a ejemplo del Señor, con los pobres y con los que lloran, con las víctimas de la injusticia y con los que tienen hambre" (P. Kolvenbach, Homilía del 15-10-83).

AL MUNDO DESDE EL DIOS DE LA VIDA

Esto significa la imposibilidad de quedarse como espectador del mundo. Las bienaventuranzas son un impulso a entrar en comunión con la historia, descubriéndose responsable de lo que sucede, confesando haber tergiversado su mensaje, o encontrar en los rostros concretos de los oprimidos el rostro mismo de Cristo llevado a la cruz, decidirse a entregar la propia vida para la reconciliación de todos los hombres.

Desde esa conciencia renovada la Compañía de Jesús, escuchando la palabra de la Iglesia a través de Juan Pablo II (Cf. SIC No. 458 pp. 379-381), reafirma su intención de esforzarse en el "Servicio de la fe, del que la promoción de la justicia constituye una exigencia absoluta, en cuanto forma parte de la reconciliación de los hombres exigida por la reconciliación de ellos mismos con Dios" (C.G. 32 D. 4, N. 2) con las nuevas implicaciones de esta tarea en las actuales condiciones mundiales: lucha por la paz, contra la violencia y el armamentismo, en favor de los derechos humanos y la erradicación de las causas de la pobreza y la opresión de las mayorías, como fieles seguidores de Jesús de Nazaret "que vino a anunciar la buena noticia a los pobres, para dar la libertad a los oprimidos" (Lc. 4,18).